

REDISEÑANDO EL PASADO: LOS NEOFASCISMOS COMO NEUTRALIZACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA

POR EZEQUIEL IPAR (UBA/UNSAM/CONICET)¹

A mediados de este año, mientras empezaba a brillar sobre el pantano de la crisis social la estrella electoral del partido Hermanos de Italia (FDI), reaparecieron viejas declaraciones de su carismática líder Giorgia Meloni. Una de las expresiones más comentadas, que los medios replicaron para provocar escándalo y una secreta admiración por la impertinencia de Meloni, la muestra a la joven militante de 19 años del Movimiento Social Italiano (MSI) diciendo: “Yo creo que Mussolini fue un buen político. Todo lo que hizo lo hizo por Italia. No ha habido otro político como él en los últimos 50 años”. Luego, en el vértigo de la campaña electoral, tuvo la oportunidad de ofrecer la otra cara de esta vieja moneda de los neo-fascismos, esa en la que afirman que todas las precauciones y las advertencias que se enfocan en la violencia de sus ideas no tienen en realidad ningún fundamento, ya que ellos también han aprendido de la historia y entienden ahora la importancia de los valores de la democracia. Para completar esta fórmula y estos rituales mediáticos, 26 años después de declamar su admiración por Mussolini, Meloni vuelve a diseñar una imagen del pasado asegurando que “la derecha italiana ha relegado el fascismo a la historia desde hace décadas, condenando sin ambigüedades la privación de la democracia y las infames leyes anti-judías. Y obviamente también es inequívoca nuestra condena al nazismo y al comunismo” (Vasallo, 2022). Habría que remarcar la fórmula que elige para normalizar su revisión del pasado: se condena de modo inequívoco al nazismo y al comunismo, pero se sugiere que en el año 2022 sólo es justo hacer públicamente una crítica puntual y relativa frente al fascismo. Si en 1996 Mussolini aparecía representado como el mejor político de Italia, en 2022 sus crímenes son relativizados a través de esta comparación diferenciadora con el

1 Sociólogo (UBA), Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Doctor en Filosofía por la Universidad de Sao Paulo (USP). Es Investigador del CONICET y profesor en el área de teoría sociológica en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente dirige el LEDA-UNSAM (Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos) y el GECID-UBA (Grupo de Estudios Críticos sobre Ideologías y Democracia). ezequielipar@conicet.gov.ar

nazismo y el comunismo, que lo alejaría del mal absoluto. De esta manera, al mal absoluto se lo condena y se lo preserva al mismo tiempo.

Frente a estos desplazamientos y ambigüedades en el juego con el pasado nos confundiríamos si ordenamos a ambas declaraciones en los términos lineales de una evolución del pensamiento político, donde una creencia pertenecería al pasado lejano y juvenil del movimiento y la otra reflejaría la pura actualidad política y la astucia de un nuevo partido de ultra-derecha que consigue llegar al gobierno enfatizando el nativismo y el grito identitario de los conservadores. Lo que caracteriza a casi todos los neo-fascismos es esta movilización doble y simultánea de las referencias sobre el pasado: la sentencia juguetona que transgrede la conciencia moral para reivindicar el horror del mal absoluto y la imagen de una cierta novedad que asegura haber civilizado el pasado aniquilador de sus ideas ultra-conservadoras.

En algunos casos esta peculiar duplicidad se da ya en la elección de los nombres que usan para presentarse a las elecciones. Como si a través del nombre pretendieran defenderse por anticipado de sus críticos, muchos partidos de extrema derecha han elegido rebautizarse recubriéndose con el término “democrático”. Los más notorios de los últimos tiempos son los “partidos democráticos” de Suecia o Brasil, auténticos partidos de extrema-derecha que repiten todo el compendio de ideas anti-democráticas que buscan construir la adhesión de las masas a través de la estigmatización de grupos vulnerables, la defensa violenta del derecho a la propiedad y la promesa de terminar con la participación igualitaria de las disidencias sociales. En este caso, para disfrazar el contenido violento de su ideología no sólo recurren al adjetivo “democrático” para presentarse delante del electorado, sino que exigen que se los reconozca como los únicos verdaderos defensores de la democracia en medio de un mundo social convulsionado. Este mismo fenómeno ideológico existe hoy en muchos otros países y no debería sorprendernos el efecto de repetición. En una conferencia pronunciada en el año 1967 en Austria, Adorno notaba que los extremismos de derecha de esa época (NPD, Partido Nacional Democrático de Alemania) habían “eliminado los aspectos abiertamente anti-democráticos” de sus plataformas y se habían volcado, por el contrario, a “invocar constantemente a la democracia, acusando a los otros de ser los anti-democráticos” (Adorno, 2020: 24). Se podría conjeturar que desde el fin de la segunda guerra mundial el racismo, el autoritarismo y la pulsión de exterminio ya no pueden presentarse con el rostro descubierto. Tienen que diseñar mecanismos de simulación y encubrimiento. Pero no es un sofisticado arte de la simulación lo que presentan. Ya en la forma en la que invocan su adhesión

a la democracia introducen el contenido y la pulsión anti-democrática. En este aspecto el neo-fascismo italiano ha colaborado con su impronta y revela de un modo patético las propias falencias de la constitución democrática de las sociedades capitalistas contemporáneas. No hay que dejar de señalar que es también la democracia que no realiza su concepto la que habilita y termina promoviendo a sus parodias autoritarias.

Pero volvamos a Meloni y sus dos modos de relacionarse con la historia, el modo fascista, que busca inspirarse en la herencia monumental de Mussolini y el modo pos-fascista, que quiere dejar atrás el recuerdo del pasado para poder proyectar el futuro de una Italia de derechas. Tal vez esta sea una de las principales características de los neo-fascismos contemporáneos, el modo en el que fusionan la exaltación explícita y directa de los crímenes del pasado, con el llamado a abandonar cualquier consideración histórica para dejar de ese modo que finalmente sean los muertos los únicos responsables por los muertos. Los neo-fascismos ponen esta contradicción con respecto al pasado —sobre la que no reflexionan ni permiten una reflexión en sus destinatarios— al servicio de la promoción de la violencia despiadada y las políticas de la crueldad. En eso lo vemos sistemáticamente al inefable Mateo Salvini, que pone en práctica en las fronteras de la sociedad estas políticas de la crueldad con especial placer publicitario. Mientras coquetea en su trato con los migrantes con las imágenes de la violencia racista e imperialista que también Italia descargó sobre el continente africano, se muestra al mismo tiempo en sus redes sociales como un político pragmático que sólo piensa en el pasado a partir de su interés por promover sin ninguna ideología histórica los placeres de la tradición de la gastronomía italiana.

El truco que ponen en funcionamiento es bastante claro. Por un lado, el coqueteo con la violencia fascista les sirve para impulsar y volver a orientar hacia afuera al resentimiento y a la sensación de pérdida que la crisis económica provoca sobre las clases medias (y finalmente sobre el conjunto de los ciudadanos). El neo-fascismo es una máquina que funciona acumulando el miedo del propietario asediado y el malestar del trabajador hiper-individualizado. El último engranaje de esta máquina activa la viejísima lógica del chivo expiatorio, seleccionando hoy como ayer a minorías y grupos vulnerables para descargar sobre ellos la impotencia objetiva en la forma de la furia subjetiva. Pero la otra parte de este rediseño de la historia también es importante. Nunca replican las pasiones oscuras y las ideas sádicas que le dieron forma a los viejos fascismos, sin banalizar y neutralizar la memoria histórica de sus crímenes. Esto aparece de modo ejemplar en las declaraciones que ya comentamos de Meloni actuando como candidata

en el 2022. En la misma dirección se mueve el llamado recurrente a “dejar atrás el pasado” a través de un puro ritualismo declamativo, que no implica ninguna elaboración verdadera de ese pasado trágico en el presente. Con esto no sólo se busca legitimar las condiciones para una radicalización de las violencias, sino que se suprime violentamente la débil pedagogía de la memoria de las injusticias. Este último aspecto es tan importante como el primero. Al banalizar la memoria de las tragedias históricas estos partidos terminan cortando el hilo que nos une a la experiencia del verdadero mal radical sobre la que se fundan las posibilidades de la justicia en el presente. Inclusive donde actúan instrumentalmente, guiados por una pura estrategia de marketing político, estos partidos terminan demoliendo las bases inter-subjetivas de la elaboración del pasado que resultan indispensables para cualquier pretensión razonable de justicia en el siglo XXI.

Al rediseñar el pasado, Meloni no sólo arrasa con la memoria viva de la que se nutren las pretensiones justicia. Hay algo sobre lo que tenemos que seguir pensando que se relaciona con la dimensión problemática de lo social, con la capacidad de elaborar socialmente juicios sobre los modos más adecuados para reconocer y resolver problemas sociales. Finalmente, cuando se afirma dentro del subterfugio ideológico neo-fascista que Mussolini sólo se equivocó con las leyes raciales o la supresión de la democracia, se concede que a pesar de estos pecados logró convertirse en un buen gobernante, preocupado por el bienestar y los éxitos de su país en el mundo. Las viejas declaraciones –en las que todavía se sostiene una figura como Meloni– que nos proponen a un Mussolini que se debería destacar en la consideración pública como el mejor gobernante de los últimos 50 años, arrasan también con la posibilidad de construir juicios pragmáticos elementales sobre el desempeño de un gobierno. No habría que despreciar este otro aspecto, porque las promesas más delirantes de los neo-fascismos se dirigen muy directamente en esta dirección de ofrecer soluciones frente a “los verdaderos problemas históricos” de las sociedades que las fuerzas políticas democráticas no quieren reconocer como tales.

Nuevamente, no se trata de desconocer los elementos de verdad que pudieran tener estas declaraciones contra el desempeño de los partidos políticos que se mueven dentro del sistema democrático institucional. Lo decisivo de la proclama neo-fascista alude a esas debilidades o fracasos de los partidos tradicionales, pero lo hace para poner esos elementos de verdad al servicio de la falsedad general que quiere borrar los desastres y los fracasos históricos de los viejos fascismos. Así surgen los slogans, que hoy se diseminan en las redes sociales, que buscan llamar la atención con “las autopistas que Hitler le dejó a Alemania” o su capacidad para

“bajar el desempleo y estabilizar la economía en momentos de crisis”. Estos slogans olvidan que esas autopistas y esa estabilización de la economía sólo se logró como medio para emprender los fines delirantes de la agresión bélica que terminaría con 60 millones de muertos y la devastación completa de Alemania e Italia. El ascenso de Meloni al poder es también un síntoma de esta destrucción de la memoria histórica de todo lo que sirve para referirse a los problemas sociales, intentando establecer juicios pragmáticos sobre los mejores caminos para conseguir la resolución de todo lo que bloquea e impide la satisfacción de los intereses colectivos.

El peligro es doble. Lo que imponen sobre el horizonte las derechas radicales y los neo-fascismos que juegan dentro del sistema democrático es una doble imposibilidad. La imposibilidad de seguir escuchando a las víctimas de las atrocidades del pasado que nuestra civilización moderna produjo siguiendo la lógica de sus competencias absurdas y sus formas de apropiación de la naturaleza y de los productos del trabajo humano. Y la imposibilidad de reflexionar y discutir civilizadamente sobre los enormes problemas sociales (desde las patologías que producen las nuevas formas de desigualdad hasta los crecientes riesgos ambientales, pasando por una sinfín de otros problemas remediables mediante una verdadera acción social racional) que tenemos por delante en esta fase de la historia de la humanidad. Ambas imposibilidades se retroalimentan si no se las detiene a tiempo. La imposibilidad para poder discutir públicamente la resolución de problemas sociales prácticos afecta la disposición de la sociedad para atender y renovar las pretensiones de justicia que compartimos como legado del pasado. Del otro lado, el borramiento de los criterios de justicia que provienen de los aprendizajes con la experiencia histórica traumática hace más difícil la construcción de ese marco de confianza y compromiso con el otro que requiere el espacio público de la razón que quiere plantear y resolver problemas frente a los que pueden existir intereses comunes. Evitar este círculo vicioso de la doble impotencia que promueven los neofascismos también puede transformarse en una motivación para las políticas emancipadoras de nuestro tiempo. Más allá del rediseño neofascista del pasado, laten las esperanzas de los que no están dispuestos a someterse a los profetas de la destrucción y la injusticia.

BIBLIOGRAFÍA:

- Adorno, Th. (2020). *Aspects of the New Right-Wing Extremism*, Polity Press.
- Vasallo, G. (2022). Ganó la ultraderechista Giorgia Meloni en Italia. Página 12. Link: <https://www.pagina12.com.ar/484904-gano-la-ultraderechista-giorgia-meloni-en-italia> (consultado 20/11/2022).